



CANTO RODADO
ANA GAITERO

LA RENUNCIA

Lucha por tu barrio que el país está jodido». La frase nos interpela desde de una pared del barrio de El Ejido. Está escrita en letra redonda y quien la pintó eligió el color morado. Quizá por ello me parece que es autora y no autor. Las chicas frecuentan menos que los chicos las calles con los sprays. Pero haberlas, haylas. Doy fe.

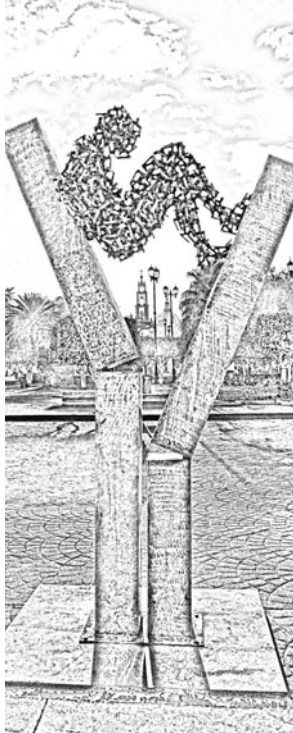
Conozco a unas que salieron cierta noche con la artista boliviana María Galindo y tomaron la ciudad. «No queremos el 50%, queremos todo el paraíso», proclamaba una pintada por detrás de la estación de Matallana. Ya no existe. La borraron con una mano de pintura. No convienen esos mensajes que aspiran a todo en una sociedad que ha convertido la renuncia pacífica y borrega en un mantra.

Hay que renunciar al empleo estable, renunciar a las subidas salariales, a las prestaciones por desempleo, renunciar a las becas, renunciar a las inversiones en investigación, renunciar a la maternidad para no estorbar al empresario, renunciar a la escuela pública y a los menús escolares seguros y saludables, con productos locales y empleo local. Renunciar a las ayudas a la dependencia, renunciar a la cultura, a la justicia y a la verdad.

Dimisión colectiva

Enseñan a las nuevas generaciones a renunciar a su tierra, a emigrar con una maleta en un vuelo low cost, a hacerse tan flexibles que les dé lo mismo trabajar en la caja de un supermercado que en un bufete de abogados. Hay que renunciar a los sueños y adaptarse al mercado laboral. Ese es el camino. Renunciar porque ser mileurista ya es demasiado.

La renuncia ha venido para quedarse. Para implantar un estado de ánimo colectivo de dimisión de la voluntad. Podría parecer que cada hoja que cae al suelo en este otoño disfrazado de verano, o viceversa, es una renuncia. Un aparcar la libertad. Un desistimiento de



QUEREN QUE
RENUNCIEMOS AL
SENTIDO COMÚN, AL
ÚLTIMO ÁTOMO DE
DIGNIDAD Y AL ÚLTIMO
TREN DE LEÓN. HAY
QUE RENUNCIAR A LA
ESTACA Y A LA QUEEJA

vivir. El otoño arde en los termómetros. Los Gobiernos, el de Madrid y el de Valladolid, nos pretenden privar de los últimos átomos de dignidad.

Nos invitan a renunciar, y ide qué manera, a la inteligencia, si fuera posible. La ministra Pastor nos mete en el túnel de los seis minutos para cruzar Pajares mientras responde que el tren, por León, pasará «por donde toda la vida». Quieren que León renuncie a tomar el último tren.

Cospedal en Barrio Sésamo

Luego viene Cospedal, en plan barrio Sésamo, a enseñarnos a distinguir lo-bue-no de lo-ma-lo en un ejercicio de cinismo y caradura que invitan al despelote total salvo que la población haya renunciado incluso a reírse, sino por placer, al menos como mecanismo de defensa. Las palabras no hay quien las gobierne afirman los mismos señores que las meten en cintura en el diccionario.

O las dejan en el limbo del habla. Sin carta de naturaleza, como que no existieran. Es lo mismo que hace el PP con sus corruptos innumerables. Están ahí Bárcenas, Acebes, Rato, Camps... y muchos más pero hacen como que no existen. Hay que renunciar a la vista, al tacto, al oído, al gusto, al olfato. A los cinco sentidos y al sentido común para tragar con la sopa de gusanos que nos ponen como plato del día. El consejero de Educación de la Junta de Castilla y León, Juan José Mateos, ha comprado los gusanos en la sopa por 12.000 euros. La empresa suelta la panoja y aquí paz y después gloria.

Es tiempo de renunciaciones. Sí. Pero a lo primero que hay que renunciar es a la queja en el bar, o en la oficina, en el supermercado o en la cola del paro. Hay que renunciar a la estaca que nos ata a este sistema que se está derrumbando, hundiendo en su propio muladar. Ese que el PP y el PSOE quieren pactar después del banquete de corrupción que se están dando. Deberían renunciar.



VANESSA
CARREÑO

YO PROCASTINO, TÚ PROCASTINAS

No hace falta saber lo que significa la palabrita para ser un erudito en el arte de procrastinar. O, lo que es lo mismo, postergar algo una y otra vez. Ya sea archivar unos documentos, actualizar el CV o tomar una decisión, todos dejamos alguna cosa para más tarde. Nos da igual lo importante que sea o que tarde o temprano vayamos a tener que hacerlo.

Si hablamos de los motivos, unas veces será que no te crees capaz de hacer eso, otras el miedo a que salga mal y otras que, sencillamente, no te apetece. Y, después, venga a lamentarnos por ello. Porque, ¿qué sigue a la procrastinación? Pues sentimiento de culpa y falta de confianza en uno mismo. Y es que, si te comprometes a hacer algo y día tras día te fallas, dejas de considerarte una persona digna de confianza.

Entonces, ¿qué se puede hacer para superar miedos, excusas y perezas? Ahí van cinco ideas:

-Deja de esperar el momento idóneo para hacer algo. El momento llega cuando



tú lo decides. Decir que estás esperando a que se den las condiciones perfectas es una buena excusa, pero no cuela.

-Escribe tres beneficios que te va a aportar tener eso hecho de una vez y recrea en ellos hasta que te los sepas de memoria.

-Si eso que quieres hacer te va a llevar mucho tiempo y esfuerzo, divídelo en pequeños pasos. Y cada pequeño paso en otros aún más pequeños. Diminutos, insignificantes, como de juguete.

-Decide una fecha para hacerlo y se estricto en su cumplimiento. Asegúrate de que no va a haber nada que te impida llevarlo a cabo en ese momento. Ni el más mínimo cabo suelto.

-Y ponte. Solo un poquito, unos minutos. A tu cerebro no le gusta dejar las cosas a medias, así que una vez que hayas empezado será mucho más fácil que termines.

Y si crees que no tienes fuerza de voluntad no te preocupes, no hace falta. Lo único que hace falta es que lo que te propongas, lo hagas.

Citando a la escritora Marie Forleo, «si quieres ser responsable, mantén las promesas que haces a los demás. Si quieres tener éxito mantén las promesas que te haces a ti mismo.»

Coaching to be www.coachingtobe.es



ANDRÉS ABERASTURI

Y AHORA ELECCIONES PLEBISCITARIAS

El problema lo han llevado tan lejos que la negociación ha dejado de ser posible si es que alguna vez lo fue. Por una parte el presidente Mas y quienes le acompañan en su aventura sólo tienen un objetivo sentimentalmente legítimo aunque no parece ser compartido por una mayoría suficientes de catalanes: la independencia. El Gobierno de la nación, el partido que lo sustenta así como el principal partido de la oposición y la mayoría cualificada del Congreso de los Diputados tienen la Ley a su favor en un marco constitucional que no contempla siquiera la posibilidad de las aspiraciones de Mas. Y ya no hay terceras vacías. Desde algunos foros que tratan de ser equidistantes se empeñan en

un imposible: tienen que negociar. Bien (pero negociar qué, exactamente? Porque ni la posibilidad —injusta por otra parte y que sería denunciada por el resto de las comunidades— de un trato preferencial para Cataluña, ni la solución federal del PSOE, parecen soluciones que los secesionistas estén dispuestos a aceptar.

Y cada vez que uno escribe sobre el tema, las redes sociales se llenan de sofismas extremistas de un lado y del otro y de algunas reflexiones serenas y absolutamente admisibles del tipo «tan difícil es que acepte usted que queramos tener derecho a decidir nuestro futuro? A eso se llama democracia y usted es demócrata ¿o no?»

Si aceptamos el precedente en Cataluña, habría que aceptarlo también para el resto y volveríamos al cantón de Carta-

gena y su petición de formal de formar parte de los EEUU.

Y ahora, fracasado el proyecto del 9-N, convertido en un simulacro sin sentido por falta de las mínimas garantías y con graves discrepancias internas, se presenta la posibilidad de unas elecciones plebiscitarias que en primer lugar eran propias de los países soviéticos y en segundo lugar serían igualmente ajenas al orden constitucional. Las cosas son como son y si se quieren cambiar habrá que hacerlo desde la legalidad. Me gusta —y lo tengo escrito— la idea de una Europa de los pueblos pero a fecha de hoy y con la que está cayendo lo primero es retejar para evitar las inundaciones en las que vivimos todos y una vez solucionado ese gravísimo problema, ya hablaremos del resto.